

I

LAS GEISHAS



ENTRE ENCAJES. 2

Las geishas.

En el Teatro Exótico, entre iris y crisantemos y grandes flores rojas de una belleza extraña, cuando los árabes extenuados vuelven á echarse en los rincones del escenario como lebreles de bronce antiguo, aparecen andando con pasos menudos y saludando con reverencias principescas, tres bailarinas japonesas, geishas ó maikos, ó más bien simples shinzos, según sus sonrisas me lo indican. La más joven, una verdadera niña, nos mira con ojos de cortesana precoz en cuyas pupilas hay visiones del jardín de las delicias y del jardín de los suplicios. Las otras dos, más finas, más altas, mujercitas de diez y seis años ya, no son, en apariencia, ni más ni menos austeras.

Son shinzos las tres: bailan durante el día en el teatro, enseñando los brazos desnudos entre las mangas flotantes, y luego,

por la noche, cantan á los pies de amantes efimeros canciones en las cuales se habla del amor y de la muerte.

Si fueran maikos serían más graves. Las maikos son vestales encargadas de encender el fuego en quien las mira, pero que no pueden apagarlo con sus labios eternamente sellados.

Yo las prefiero tal cual son, mitad músico, mitad geishas, artistas y hetairas, alma y carne. Me gustan siendo el ritmo y la curva. Me encantan tangibles y no inmaculadas, perversas sin violencia, viciosas sin fanfarronería y ¡tan muñecas! ¡tan muñecas!

Bailando la danza sagrada que ahora ejecutan sin mover los talles, sin estremecerse casi, con inclinaciones simétricas de cabeza y cadencias ponderadas de brazos, con sonrisas que llevan el compás, con durezas aristocráticas, con suavidades sin molicie, me hacen pensar en marquesitas del siglo XVIII que por capricho se hubiesen vestido con trajes nipones. Porque en esta danza del Extremo Oriente, hay algo de las pавanas y de las gavotas de Triánón. Son las mismas gracias mimosas.— Es la propia elegancia rebuscada. Los remilgos, y los medios pudores, y los ligeros libertinajes de gesto, son idénticos.— Marquesitas venidas de muy lejos en cajas de laca color de rosa; marquesitas pedidas por la reina loca para alegrar sus fiestas íntimas y para avivar los sentidos agonizantes del príncipe; marquesitas de cera y de seda, nacidas en un serrallo y criadas entre algodón; frágiles marquesitas con

almas de pájaro, con labios de esfinge, con ojos felinos, eso son.

¡Bailad, marquesitas!

*
*
*

En un libro muy sabio que leí hace mucho tiempo, lo siguiente me llamó la atención:

«El emperador japonés ha dispuesto que las familias no puedan vender á sus hijas sino en caso de miseria completa, probada ante las autoridades competentes.»

¿Luego... antes se vendían? ¿Luego... en caso de miseria, siguen vendiéndose?

Sí.—Muñecas en apariencia, véndense como muñecas. «¡Yo quiero una rosada!» «¡Yo una pálida!» ¿Y sabéis cuánto cuestan? Diez duros en término medio. Las de á ocho, están flacas; las de á doce están ya instruidas. Los compradores de profesión las escogen de diez años de edad, las educan, las enseñan á bailar, á cantar, á sonreír y en seguida las hacen aparecer ante el público vestidas de oro, de púrpura, de verde, de celeste. Al principio son simples comparsas que acompañan á las *geishas* y que, en los entreactos, escancian el té ó el saké á los parroquianos del concierto. Son vírgenes. Lo son hasta el día en que, bailadoras ya, ejecutan su primera danza antes de ir á recibir el primer beso. Esto sucede cuando la *oshakú* cumple los quince años.

Como sus existencias eróticas son breves, deben, desde el principio, mostrarse económicas y graves para conseguir, á los

diez y nueve ó veinte años, el puesto célestinesco de *jimai*.

A los quince, son *shinzos*; á los diez y siete *chytchibu*, á los diez y ocho *nenki*, á los diez y nueve *sambu*. Luego, ya precozmente marchitas, ó mueren, ó se convierten en honradas madres de familia, ó se hacen *jimais* y explotan á las más jóvenes.

En otro tiempo vivían en los jardines del Yoshiwara, lo mismo que las musmés ó cortesanas; pero en 1872 el mikado quiso darles una prueba de simpatía artística y les permitió que construyeran sus casas de muñecas en doce barrios diferentes de la metrópoli, dos de los cuales, Yanagibasi y Símbasi, están reservados á las que bailan en el teatro imperial. En sus puertas, linternas de color, con los nombres escritos sobre el vidrio, indican al peregrino de amor lo que puede pedir y lo que debe dar.

Cuando una de ellas tiene un amigo, descuelga su linterna para evitar conflictos entre rivales. Lo mismo que las cortesanas griegas, no se presentan nunca ante un hombre sin ir seguidas por un flautista.

Casi todas ellas son poetisas y dicen, por la noche, cuando están solas, envueltas en un rayo de luna y rodeadas de crisantemos desfallecientes, sus penas profundas y sus ensueños angustiosos. «*Wani mono tsurai mono*.» «¡Yo no veo llegar mi ideal!» Esta frase es frecuente en sus cantares. Ninguna ve llegar á su Ideal. ¡Pobre citas!



*
*
*

He hecho mal en recordar estos datos lamentables sobre la vida de las geishas, pues ahora las tres shinzos que bailan me parecen más tristes y menos ligeras que antes. Flor de Almendro, la más chica, la niña de los ojos que prometen delicias y suplicios, diríase que hace al sonreír una mueca dolorosa. Las otras dos—Lirio Encarnado y Rama de Espinas,—vuelven sus ojillos oblicuos hacia el cielo, como buscando algo con inquietud. ¿Tratarán de descubrir la imagen de su ideal que no llega, que no llega nunca?... ¿O acariciarán sencillamente, entre el oro falso de las bambalinas, el recuerdo de un amante que se quedó allá, á orillas del mar de zafiro en el imperio del sol naciente?..

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONSO REYES"
625 MONTERREY, MEXICO